

Pratzen, posición dominante y adelantada, y más allá de ella se divisaba el pueblo y castillo de Austerlitz que ocupaba ya el ejército de los dos emperadores. Napoleón había puesto en su izquierda al rededor de un contrafuerte que los soldados llamaban *el Santón*, el cuerpo de ejército de Lannes, á caballo sobre el camino de Olmütz; á su derecha, de Telnitz á Kobelnitz, había colocado el cuerpo de Soult; á su centro hacia Girszkowitz, el de Bernadotte, que la víspera había llegado de la frontera de Bohemia, y con él, la caballería de Murat. El mismo formó la reserva con su guardia y diez batallones mandados por Oudinot. Detrás de su extrema derecha, en Raygern, en una posición de todo punto excéntrica destacó á Davout con la división Friant y una división de caballería, para que en el momento decisivo cayera sobre la izquierda de los rusos. El total de sus tropas subía, háyase dicho lo que se haya querido, un total por lo menos igual al de las tropas aliadas, pues los tres cuerpos de ejército de Soult, Bernadotte y Lannes, por reducidos que se les quiera suponer por sus pérdidas y destacamentos, no podía elevarse á menos de 15 á 20.000 hombres cada uno; la guardia y la caballería formarían á lo menos 20.000 hombres más, y el destacamento de Davout 8.000.

Esta posición casi inatacable de frente, era á propósito para sugerir á los aliados la tentación de cortar á Napoleón el camino de Viena, envolviéndole por su derecha, separándole de esta suerte del resto de su ejército que había quedado acantonado en los alrededores de dicha ciudad. Pero esta operación de sí muy dificultosa caso de emprenderla, aún á distancia, por una serie de movimientos estratégicos, con fuerzas solamente iguales á las suyas, se convertía en una tentativa de la más loca temeridad, del momento en que se arriesgaba á la vista de un enemigo tan terrible y al alcance de sus cañones, y hasta sobre el mismo campo de batalla por él escogido. Tal es, sin embargo, el plan á que se atrevió Weyrother, alentado sin duda por la debilidad aparente y calculada de los destacamentos franceses por la parte de Telnitz y alrededores del camino de Viena. Napoleón para comprometerle más y más por este peligroso camino, había no sólo desguarnecido su derecha, sino que había dejado sin ocupar la meseta de Pratzen, especie de promontorio elevado que se adelantaba por el centro de los dos ejércitos, y desde cuya altura hubiera hecho más difícil el movimiento envolvente del ejército austro-ruso. Los aliados se establecieron en la meseta, pero con fuerzas insuficientes, sin sospechar

la importancia de esta posición y el papel que estaba destinada á jugar en la batalla que se preparaba. Sin embargo, durante la tarde del 1.º de Diciembre los rusos principiaron su marcha de flanco, á dos tiros de cañón de la línea francesa, y en una longitud de cuatro leguas para envolver su derecha. Napoleón de lo alto de su vivac, les vió con inmenso júbilo correr hacia su pérdida. Les dejó operar su movimiento sin hacer nada para impedirlo, como si reconociera la imposibilidad de oponerse á él; un pequeño cuerpo de caballería francesa se presentó solo en la llanura, y se retiró en seguida como intimidado por las fuerzas enemigas.

Napoleón había en seguida comprendido, por este principio, que sus esfuerzos para atraer el ataque del enemigo sobre su derecha, iban á verse coronados por el éxito. Su convicción sobre este punto estaba de tal modo formada, que en la misma tarde, en la proclama que dirigió á sus soldados, no vaciló en anunciarles la maniobra que el enemigo debía realizar el día siguiente á su costa y riesgo. «Las posiciones que ocupamos, les dijo, son formidables, y mientras ellos marcharán para envolver mi derecha, ellos me presentarán su flanco. Soldados, yo mismo dirigiré vuestros batallones. Me mantendré lejos del fuego si con vuestra acostumbrada bravura, lleváis el desorden y la confusión en las filas enemigas; pero si la victoria estuviera ni por un momento incierta, veríais á vuestro emperador exponerse á los primeros golpes.»

Este pronóstico hecho con tanta seguridad, contribuyó mucho después á acreditar el rumor, todavía hoy muy difundido en Rusia, de haber sido entregado á Napoleón por un traidor el plan de Weyrother. Esto, dicho se está, no tiene nada de imposible, pues, aún cuando el plan de Weyrother no fué comunicado á los generales aliados hasta muy entrada la noche del 1.º de Diciembre, ciertamente hubo de ser conocido con antelación por una parte del Estado Mayor. Pero Napoleón no tenía necesidad de tal comunicación para comprender una falta de la cual había él sugerido la idea con sus propias disposiciones, y del cual había visto con sus propios ojos todos los desenvolvimientos preliminares. Tiene, pues, esta anécdota poca importancia, y no se puede admitir sin pruebas formales, que, hasta hoy, no se han dado.

Napoleón después de haber observado por sí mismo en la vanguardia, quiso visitar á pié los vivacs. Reconocido por los soldados, fué inmediatamente rodeado y aclamado. Quiso festejar el aniversario de su coronación: al efecto se izaron en lo

alto de perchas manojos de paja improvisándose así una iluminación, de modo, que una inmensa línea luminosa recorrió la línea francesa, que hizo creer á los aliados que Napoleón pensaba en escaparse por medio de una estratagema tomada de Aníbal y de Federico. Un viejo granadero se le acercó y le dijo, en nombre de todos sus camaradas: «Yo te prometo, que mañana te presentaremos las banderas y cañones del ejército ruso para celebrar la fiesta de tu coronación.» Arenga característica que muestra como, á pesar de todo, el espíritu republicano subsistía aún en las filas inferiores del ejército, y como los soldados veían menos en Napoleón un amo que un antiguo igual, en quien, hasta en su coronación, creían tan sólo personificar su propia grandeza.

Por la mañana del día siguiente, 2 de Diciembre de 1805, el sol levante dispó poco á poco los vapores que oscurecían la llanura, y presentó á los dos ejércitos frente á frente y prontos á venir á las manos. Los rusos habían casi evacuado la meseta de Pratzen, y el fondo de los valles que domina, se veía distintamente avanzar sus columnas en dirección de Telnitz y Sokolnitz. Por ahí es por donde esperaban envolver la derecha francesa, después de haber forzado la división Legrand, que sólo guardaba aquel desfiladero.

El cuidado de ejecutar esta maniobra capital del plan de Weyrother se había confiado al pesado Buxhoevden, general lleno de bravura pero sin capacidad, que tenía bajo sus órdenes un cuerpo de 30.000 hombres y á los generales Langeron, Doctoroff y Przibyszeuski y á quienes debía apoyar Kollowrath, que todavía ocupaba una parte de la meseta. La derecha rusa mandada por Bagration, daba frente á Lannes, delante del Santón; en el centro, hacia Austerlitz, se encontraban los dos emperadores con su guardia y el cuerpo de ejército del príncipe Liechtenstein. Kutuzoff, descorazonado, aniquilado, por la especie de fetichismo que inspiraba á los rusos la persona sagrada del tsar, seguía á su amo lamentándose por adelantado de las desgracias que preveía, pero sin hacer nada para evitarlas. El mismo Bagration, al leer por la mañana el plan de Weyrother, exclamó: «¡La batalla se ha perdido!»

Formaba por consiguiente el ejército aliado un inmenso semicírculo, que se extendía de Holubitz á Telnitz, y que encerraba el ángulo de que formaban los franceses el centro. El ejército francés emboscado en el fondo de esta especie de embudo, apretado en un terreno estrecho, atento, inmóvil y replegado sobre sí mismo, como el león en el momento en que se dispone á saltar sobre su presa, esperaba en

medio de un silencio imponente la señal de lanzarse sobre el enemigo.

Cuando toda la izquierda de los aliados se hubo metido por los estanques, y principiaba á abordar á la división Legrand, á la que va á sostener muy pronto la división Davoud que se había hecho venir de Raygern, Napoleón, que hasta entonces había contenido á sus tropas, dió la señal, y las divisiones de Soult se precipitaron al asalto de las alturas de Pratzen. Allí encontraron á la columna de Kollowraht, en marcha para reunirse con Buxhoevden, en un instante, la toman por el flanco y la rechazan, en seguida abordan la infantería de Miloradowith, que se presentaba en segunda línea para sostenerla. Las divisiones Vaudamme y Saint-Hilaire, secundadas por las brigadas Thiebault y Morand se arrojan á la bayoneta sobre los batallones rusos. Estos, obligados á pararse á la mitad de su movimiento, no encontrándose apoyados por refuerzo alguno atacados de espalda cuando ellos marchaban á un ataque de frente, son rechazados en las laderas de la meseta á los ojos mismos del emperador Alejandro, sorprendido y consternado por la catástrofe imprevista que acaba de derribar su centro.

En tanto Napoleón daba con su rapidez acostumbrada un golpe decisivo, el cual, desde el principio de la batalla, tenía por efecto cortar en dos partes el ejército ruso en su centro mismo, sus otros cuerpos de ejército, desplegados de una manera atrevida por una marcha adelante simultánea, llenaban con un éxito casi igual el papel que se les había señalado.

Verdad es que en la extrema derecha francesa la división Legrand, arrollada por fuerzas cuádruples, había sido arrojada más allá de Telnitz y Sotolnitz, pero Davoud no tardó en acudir á su socorro con las divisiones Friant y Boucier, de modo que el movimiento retrógrado de Legrand resultó una ventaja mejor que no un inconveniente, por cuanto arrastraba más y más á la izquierda rusa á la trampa dispuesta para cogerla.

En el centro Bernadotte marchaba sobre Blazowitz; atacaba á la guardia rusa y al cuerpo del príncipe Liechtenstein, esto cuando Lannes que formaba la izquierda francesa, se apoderaba de Holubitz, á pesar de los esfuerzos de Bagration que le disputaba dicha posición.

Esta doble irrupción impidió á los rusos reforzar sus tropas comprometidas en Pratzen. La magnífica caballería de Liechtenstein, compuesta de ochenta y dos escuadrones, llamada de una parte al socorro del centro, y encargada por otra de apoyar á Ba-

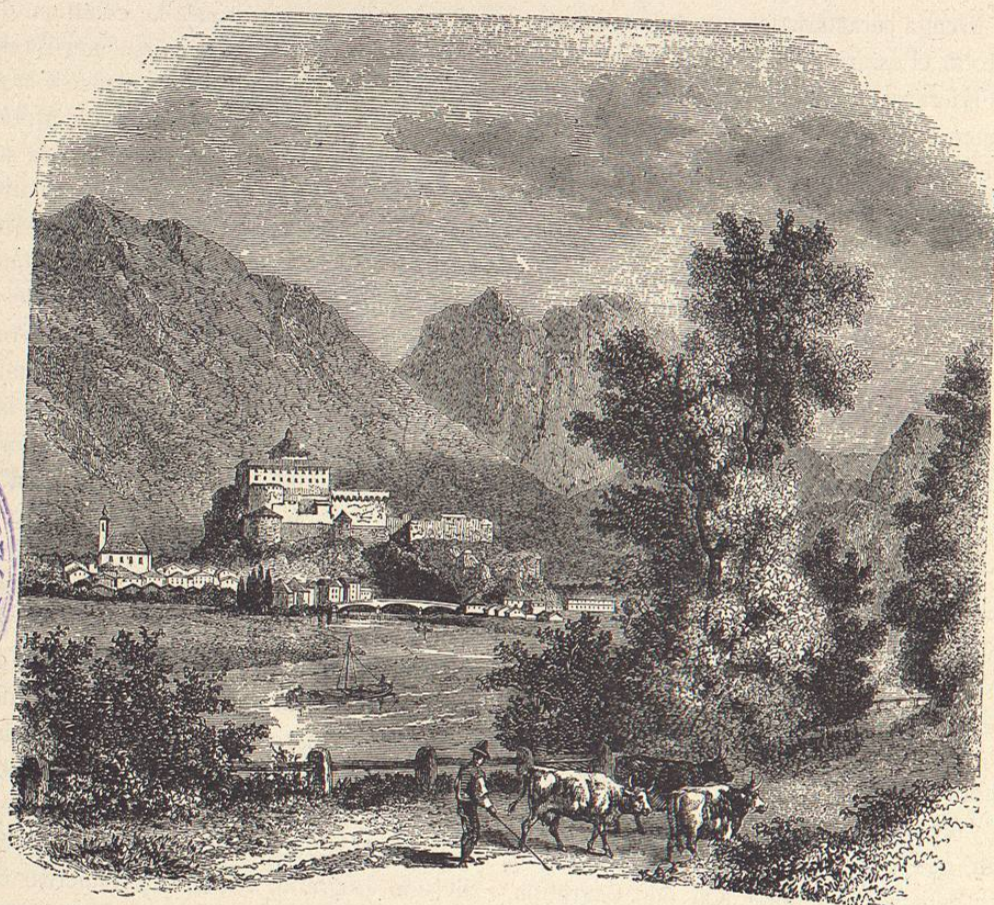


gration, no pudo obrar con la precisión y constancia necesarias á la impulsión de una masa también irresistible. Una parte de esos escuadrones junto con los hulanos de Constantino se comprometió en la persecución de la caballería ligera de Kellermann, precedido por en medio de la infantería francesa, que la destruyó con sus fuerzas; la otra cargó con más éxito á la caballería de Murat, pero no tardó

en ser rechazada por no tener quien la contuviera.

En Pratzen la brigada Kamenski, llevada de la izquierda rusa al socorro del centro por el príncipe Wolkomki, había recogido los restos de las columnas de Kollowrath y de Miloradowith, logrando por un instante restablecer el combate.

Alejandro había al fin comprendido la importancia de la posesión de la meseta, pero sus cuerpos de



Kufstein.—Tirol.

ejército comprometidos lejos de esta posesión, que era el eje de toda la batalla, estaban en la imposibilidad de mandar refuerzos.

El viejo Kutuzoff, herido en la cabeza, veía con desesperación realizarse sus temores, y como alguien le preguntara si su herida era peligrosa, dijo señalando con su mano á Pratzen: «¡Ved la herida mortal!»

La brigada Kamenski asaltada de frente y de flanco por Soult resistía de una manera heroica á los ataques franceses. Pero no tardó, agobiada por el número, y ya reducida de la mitad, en ser arrojada al fondo del valle de la parte de Birnbaum. En este momento era la una de la tarde, el centro de los aliados estaba destruído; sus dos alas comba-

tían aún, pero sin comunicaciones y sin medios de juntarse. En este crítico instante la guardia rusa, de la cual hasta entonces la mayor parte había quedado de reserva, se lanza sobre el centro francés para rechazarlo intentando recobrar de revés la meseta de Pratzen. Sus coraceros sorprenden y arrojan de su puesto á un batallón francés; pero la guardia de Napoleon se lanza á su vez, y las dos caballerías se cargan con furia en un combate encarnizado. El combate es bien pronto cuerpo á cuerpo, pero acaba con ventaja para la guardia francesa. La guardia rusa retrocede acuchillada en desorden, y Rapp hace prisionero al príncipe Repnine, al mismo tiempo un movimiento general de la guardia y del cuerpo de Bernadotte hace ceder la

línea rusa que es arrojada en la dirección de Austerlitz después de una carnicería atroz. Napoleon se apresuró entonces á juntar parte de sus tropas á las de Soult para que todas juntas cayeran sobre el cuerpo de ejército de Buxhoevend.

Proseguía ese general ciegamente su movimiento al rededor de la derecha francesa y no sólo había pasado ya de Telnitz y de los desfiladeros que forman los estanques, sino que había avanzado hasta los alrededores de Turas, situado á espaldas del

ejército francés, siempre batallando con éxito diverso contra las divisiones de Davout y de Legrand, y sin preocuparse de lo que pasaba en el centro. Llamado con órdenes las más apremiantes, érale ahora necesario volver á hacer ese peligroso camino bajo el fuego de todas las divisiones de Soult. La división Przibyszeuski que había dejado en Sokolnitz se vió rodeada y obligada á rendirse. Consigue, empero, llevar hasta á Auguezd la columna de Doctoroff; pero en el momento en que desemboca, Vandamme



Trieste, capital de Istria (Austria)

cae sobre él de las alturas de Pratzen y corta en dos su columna de la cual sólo una fracción puede continuar su camino para unirse á Kutuzoff. El resto de la columna de Doctoroff y toda la de Langeron con la caballería de Kienmayer son rechazados más allá de los estanques. Su artillería se mete por un puente que se rompe; las tropas que la acompañaban retroceden sobre el estanque de Telnitz helado desde hacía ya algunos días. Pero Napoleon hace dirigir en seguida el fuego de sus baterías sobre estos desgraciados. Las balas rompen el hielo á lo que les ayuda la masa de gentes que sostenía; se hunde súbitamente y varios millares de hombres desaparecen vivos debajo las aguas. Todavía al día siguiente se oían sus gritos y sus gemidos. No les quedaba á Doctoroff y á Kienmayer más salida que un dique

estrecho situado entre los dos estanques de Melnitz y de Telnitz, y es por esta calzada, bajo los fuegos cruzados de la artillería francesa, por donde los generales rusos ejecutan su retirada con una firmeza admirable, pero sufriendo pérdidas enormes.

Tales fueron las escenas lúgubres que iluminó el sol de Austerlitz. Estas escenas tenían sin duda su grandeza como todas aquellas en que se despliegan el valor y el genio, pero nada podía borrar el horror de ellas, pues sólo una cosa tiene el privilegio de purificar y ennoblecer un campo de batalla, y es el triunfo de una grande idea. Aquí lo que estaba en causa no era un principio, sino un hombre; las victorias francesas no podían ser mas que matanzas.

El ejército austro-ruso se había declarado en retirada, no sobre Olmütz, como Napoleon lo supuso